ORACIÓN PRONUNCIADA AL INAUGURAR SU CÁTEDRA DE FILOSOFÍA EN EL COLEGIO DE SAN BARTOLOMÉ [1] 1822[2]

José Félix de Restrepo

Philosophia nihil utilius, nihil dulcius, nihil homine dignius
(nada es más útil, nada más agradable, nada más digno
del hombre que el estudio de la filosofía)

A ninguna facultad, a ningún estudio, debe tanto el género humano como al de la filosofía. El hombre salió perfecto de las manos del Creador, ilustrado con el conocimiento de sí mismo y de todo cuanto le rodea. Conocía a Dios, mandaba y era obedecido de toda la naturaleza; su corazón, dócil a la verdad, seguía sin resistencia los dictámenes de la razón; todo conspiraba a su felicidad, y no había cosa que pudiese turbarla, pero cae en el primer delito y queda reducido a la clase de las bestias, ya no se conoce a sí mismo y sólo conserva de su antigua soberanía una débil memoria; todas las cosas, y hasta su propio corazón, se rebelan contra él y le hacen sentir su debilidad no puede resistir a la fuerza de las aguas que le impiden el camino, los vientos furiosos le combaten y hasta los mismos insectos se atreven a insultarlo. Pero el Supremo Señor de la naturaleza había dejado en su corazón las semillas de la verdad: él se acuerda de que fue creado a imagen de Dios, que su alma participa de las dotes de la divinidad y que todavía goza el inestimable don de pensar. ¡He aquí el triunfo de la filosofía! Yo me figuro con placer que ella baja del cielo donde, según la enérgica sentencia de Platón, acompaña siempre al Ser Supremo, se acerca al hombre abatido y desconsolado. Le tiende la mano para levantarlo y le anima con estas voces: *"Tú no has perdido enteramente los derechos que tenías sobre la naturaleza, y te sobran fuerzas para recobrarlos. Dios te hizo débil, te produjo sin armas y desnudo y te metió en el seno de los peligros para hacer brillar la imagen de su omnipotencia y sabiduría que imprimió en ti."*

Con estas razones se alienta el hombre, vuelve en sí y comienza a tirar el plan de una conquista que le ha de costar tantas fatigas: extiende sus ojos por el universo, reconoce que es el único de los seres que posee el don de pensar, y que nada puede resistir a este carácter soberano que ha recibido de las manos de su Creador; comienza por combinar sus ideas, observa la relación de los números y las líneas, le parece haber encontrado la llave del santuario de la naturaleza, y animado de un noble ardor llega en fin a conseguir su plan. Por medio de la aritmética, geometría, estática y demás ciencias matemáticas engrandece la actividad de sus órganos, arma una fuerza contra otra, duplica los golpes contra la resistencia, aumenta la velocidad para contrarrestar a la pesadez y, caminando siempre sobre sus pasos, el suceso corresponde a sus esperanzas. Las victorias mismas encienden su ánimo, y cada día se halla en estado de emprender cosas más grandes. Aunque su estatura no exceda de seis pies, se anima a perfeccionar una obra que un gigante armado de cien brazos no se atrevería a emprender; los vientos le obedecen con fidelidad, pasándole a la otra parte del océano; doma las fieras que habitan el centro de los desiertos; los obstáculos que interrumpen al viajero y suspenden en su marcha al caminante no pueden detener sus pasos; parece que ha tomado alas para volar a parajes inaccesibles, y con sólo tender sobre el terreno una línea, y la inclinación de otras dos, señala las distancias, forma mapas geográficos y hace una descripción fiel de todo el globo que habita.

---

[1] Texto tomado de: **RESTREPO, José Félix,** *Obras Completas,* Compilador: Rafael Antonio Pinzón Garzón, contextualización y notas: Daniel Herrera, Restrepo. Biblioteca Colombiana de Filosofía, BCF 18, Universidad Santo Tomas, Bogotá, D.C., 2002, Págs. 422-425.

[2] Esta Oración fue pronunciada por José Félix de Restrepo en 1822. El original se encuentra en la Biblioteca Nacional, Sección Pineda, sala 1ª, número 8877, pieza 5ª.

Hábil astrónomo (por explicarme con las palabras del inmortal Polignac), mide la vasta extensión de los cielos, la magnitud de los globos que ruedan en el turbión solar y la órbita que la Tierra describe allí; sigue la sombra que arroja este cuerpo opaco deteniendo los rayos del sol, y predice cuántas veces en el espacio de mil años, de mil siglos, la luna debe ser oscurecida por esta sombra; ninguna de tantas revoluciones diversas puede escaparse a sus miradas. Infalible adivino, prevé todos los fenómenos, los anuncia y consigna sus predicciones en fastos más seguros que los de los oráculos.

Atrevido navegante, confía sin temor un frágil navío a la caprichosa inconstancia de las ondas; su ánimo no teme ni los peligros del mar ni el choque de los vientos; guiado de sus líneas y de sus ángulos, mide con el compás el intervalo que separa el Atlántico del Pacífico. Sondea la profundidad de las aguas, y en una débil tabla hace la vuelta al globo.

Físico atento, perfecciona las artes e inventa otras nuevas; descompone los mixtos, saca la sal, el azufre, los licores que encierran. Fabrica cuerpos artificiales, imita y algunas veces perfecciona las obras de la naturaleza; nuevo Prometeo, roba impunemente el fuego celeste, reúne en el foco de un vidrio los rayos del sol, y obligando, por decirlo así, al astro del día a bajar sobre la Tierra, liquida los más duros metales. Con la ayuda del microscopio penetra hasta lo interior de los cuerpos y contempla con asombro las maravillas de su composición; libre del miedo del vacío, lo forma él mismo, y conoce por este medio la naturaleza y pesadez de los elementos.

Como lógico, como metafísico y como moralista, medita sobre el principio de la existencia de los seres, descubre la relación de los efectos y las causas, entrevé el comercio del alma con el cuerpo, aprende a discernir lo verdadero de lo falso; conoce la diferencia de lo justo y de lo injusto, examina en qué consiste la verdadera felicidad; y capaz de volver sobre sus pasos, nota sus errores y enmienda sus defectos.

No paran aquí sus esfuerzos. El mismo Ser eterno, independiente y poderoso, que se hace obedecer de la misma nada, está sujeto a las investigaciones del filósofo: él sube hasta el trono del que tiene en sus manos la eternidad de su suerte, no con el atrevimiento de los gigantes de la fábula para arrojarle de un solio, sino para contemplar con humildad y confianza los atributos de su autor y reconocer su propia pequeñez.

Emprended, pues, con ardor, oh jóvenes amados, la fecunda y agradable carrera de la filosofía. Satisfaced los votos de aquellos que os han dado la vida, que han sufrido por vosotros trabajos sinnúmero, y que no respiran sino por la esperanza de vuestra futura felicidad. El delicioso campo de la naturaleza, al mismo tiempo que os manifiesta las admirables leyes con que se formó y conserva, elevará sin cesar vuestros corazones hacia el Creador de todo para tributarle los debidos homenajes de honor y reconocimiento. ¡Qué cosa tan despreciable sería el hombre, dice el célebre botanista Von Lineo, si no se levantase sobre las cosas mortales! ¿Qué motivo tendría para alegrarse de estar colocado en el número de los vivientes, si su condición fuese destinada únicamente a digerir la comida y zurcir un cuerpo perecedero? *O quam contempta res homo, nisi supra humana se erexerit. Quid enim erat cur in numero viventium se positum gauderet? An ut cibus et potiones percolaret, ut hoc corpus casurum periturumque sarciret* (oh, cuán despreciable sería el hombre si no se erige sobre lo humano. ¿De qué podría gloriarse si se considera como uno más de los vivientes y se dedica sólo a alimentar un cuerpo perecedero). No, no ha querido Dios dar a este magnífico espectáculo del universo observadores efímeros o pasajeros; ha querido darle testigos ilustrados, sensibles, racionales, por decirlo en una palabra, eternos. Toda la magnificencia con que adornó nuestra pequeña habitación no es más que una muestra, una ligera prenda de su liberalidad futura. La filosofía os será de un gran auxilio en todos los estados y circunstancias de la vida, llenará vuestro ánimo de un suavísimo deleite, según la expresión de Tulio; os recordará siempre, siguiendo el pensamiento sublime de este filósofo, que habéis nacido para Dios y para la patria: *Deo et patriae natura nos genuit* (la naturaleza nos engendró para Dios y para la patria). En los negocios públicos y privados, en los tribunales de justicia, en la cátedra de la religión, en la dirección de las conciencias, en el arreglo de vuestras familias, en la soledad, y aun en medio de las cadenas, será siempre fiel compañera.

¡Con qué gloria no se presentará Colombia a las naciones extranjeras cuando florezcan entre nosotros las artes y las ciencias! Colombia, que reúne en su seno los climas más dichosos de la naturaleza, con los más sobresalientes ingenios. Ninguno se atreve a negar a los americanos esta doble ventaja. Peralta y Valleumbroso llenaron de admiración al nuevo y antiguo continente. El célebre jesuita Vanieri, en su delicioso poema intitulado *Praedium rusticum,* o casa de campo, llama a América tierra rica en metales de oro y plata, pero más rica por los ingenios y benigna índole de sus habitantes:

Fertilibus gens dives agris aurique metallo ditior
ingeniis hominem est animique benigna indole
(sus gentes enriquecidas por la fertilidad de sus campos,
la abundancia del oro y de la plata; pero más ricas por el ingenio
y la benignidad de su carácter).

Un indio quiteño, dice Mr. Riquer en su *Historia moderna*, en una tienda oscura y casi sin herramientas, trabaja obras de pintura y escultura que han merecido la admiración de Italia y de la misma Roma. El pincel de Vásquez, hijo de este suelo, tendría igual celebridad que los de Urbino y Bona Rota, si hubiera nacido en Europa. A pesar de las prohibiciones de un gobierno, barrera impenetrable a las ciencias y a las luces, hemos conocido, entre otros, uno cuya memoria lloramos, que por sola la fuerza de su ingenio llegó a nivelarse con los más célebres astrónomos y botanistas de Europa; y tampoco faltan entre nosotros guerreros nacidos en el seno de la paz que puedan emular la gloria de los Turenas y los Montecuculi; el célebre abad Andrés, en su *Historia de la literatura*, observa juiciosamente que la luz de las ciencias, así como la del sol, han caminado siempre de oriente para poniente; ellas tuvieron su asiento en Caldea, pasaron a Egipto y a Grecia, se esparcieron después por el resto de Europa, y no tardarán en pasarse a las Américas; esta época no está distante, y yo no puedo menos, al considerara una revolución tan dichosa, que exclamar con Virgilio: *"O mihi tam longae maneat pars ultima vitae"* (oh, quién me diera el prolongar los días de mi vida).